

engastados como los de una estatua griega y su mirada profunda fija en la multitud. ¡Cuán poco se parecía á los hombres que le rodeaban! ¡Qué diferencia entre sus rasgos y su fisonomía y los de todos aquellos tipos vulgares! Era en verdad el César en medio de los instrumentos ciegos de su voluntad. Alfredo de Musset no tenía entonces más de cuatro años; pero aquella figura poética le impresionó tan vivamente que no la olvidó jamás. Le devoramos con la mirada durante el cuarto de hora que estuvo parado ante nosotros, y luego desapareció para siempre, dejando en nuestras imaginaciones infantiles un sello imborrable y en nuestras almas un amor parecido al fanatismo.

Waterloo fué para la familia Musset un verdadero desastre, del que lograron reponerse. El padre se hizo funcionario bajo la Restauración, y el hijo, republicano. Su infancia parecía orientada hacia una vida activa y heroica. Sin embargo le esperaban la tranquilidad y la inacción. Este contraste fué un choque violento, que repercutió en aquella alma sensible y la martirizó matando sus ilusiones. Empleó su combatividad reconcentrada lanzándose á la batalla romántica. Invocó á su antepasado, el poeta Colin de Musset para que intercediese en su favor con las musas. Fué un combatiente poco fogoso en la batalla literaria que no le interesaba. Sólo fué romántico por su lirismo.

Los dos hermanos Pablo y Alfredo y su amigo Gobert se enamoraron de las epopeyas y de las canciones de gesta.

Alfredo, en el liceo Enrique IV, conquistaba todos los premios. Al salir del colegio, estudió derecho, música y medicina sin hallar su verdadero camino. « Jamás serviré para nada » deducía en conclusión. É hizo versos.

Á los diez y ocho años publicaba su primer volumen y fué presentado al Cenáculo. *Los Cuentos de España*¹ y *de Italia* le hicieron célebre (*el Despertar, la Andaluza, Don Paez, las Castañas del fuego, Portia*, y por último *Mardoqueo* improvisado para llenar el volumen).

Á los veintidós años cantaba á *Namuna*; en diez años dió diez volúmenes. Á los treinta estaba agotado. Durante diez y seis años más siguió escribiendo, pero sin lograr recobrar su personalidad literaria.

Adquirió numerosos amigos porque era encantador y sociable: V. Hugo, Sainte-Beuve, los hermanos Deschamps, J. Sand, Rachel, los Sres. Jaubert, los príncipes de Belgiojoso, la Sra. Menessier-Nodier y Buloz.

En 1848 fué coronado por la Academia á los treinta y ocho años « como un poeta joven que hace concebir esperanzas ».

En 1857, cuando desapareció, hacía largo tiempo que había muerto

1. En este terreno desbarró Musset como todos los escritores y poetas franceses que se meten á hablar de España. Á él se debe la invención: *une Andalouse de Barcelone!*

CAPITULO VI

ALFREDO DE MUSSET

Su vida. — Poesías. — Teatro. — El dandy. — El amor. — Al desenfreno. — Conclusión.

Alfredo de Musset nació en 1810 en París, calle des Noyers. Pertenecía á una antigua familia del Vendomois. Hubo un Colin de Musset en tiempo de San Luis. Joachim du Bellay es uno de sus antepasados, y sus *Melancolías sobre las ruinas de Roma*, presagiaban la tristeza de su descendiente.

Contaba entre sus ascendientes á Juana de Arco. Le debe poca cosa, — tal vez el patriotismo que le inspiró su respuesta al *Rin alemán* de Becker.

El padre, Musset Pathay, editor de las obras de J.-J. Rousseau, fué un alto funcionario del imperio y legó á sus hijos una profunda admiración hacia Napoleón.

Alfredo de Musset vino al mundo durante las más gloriosa época del imperio. Su brillo ilumina la *Confesión de un hijo del siglo*:

Era la atmósfera de aquel cielo sin mancha en que brillaba tanta gloria, en que resplandecía tanto acero y que respiraban los niños. Sabían muy bien que estaban destinados á las hecatombes; pero creían á Murat invulnerable y habían visto pasar al emperador por un puente donde silbaban tantas balas que no se sabía si podían darle la muerte. Y aun cuando hubieran debido morir ¿qué significaba esto? ¡La muerte misma era entonces tan bella, tan grande, y tan magnífica en su púrpura envuelta en nubes de humo! Se parecía de tal modo á la esperanza y segaba espigas tan verdes, que se había hecho joven y no se creía ya en la vejez.

La biografía de Alfredo, escrita por su hermano Pablo, ha conservado una visión singularmente impresionadora del emperador:

El padre Musset Pathay llevó á sus hijos entre la multitud á aclamar el retorno de la isla de Elba bajo los balcones del pabellón del reloj. No tardó en aparecer el emperador, rodeado de sus altos oficiales. Llevaba el uniforme de los dragones, con vueltas blancas, botas de montar y la cabeza descubierta. Se contoneaba algo al marchar, como si le molestase la gordura. Aun me parece ver su rostro grueso y pálido, su frente olímpica, sus ojos

el poeta. Asistió poca gente á su entierro, « sin duda, explica Faguet, porque no había hecho política ».

Su biografía no contiene grandes hechos; es la historia de la resonancia que los acontecimientos produjeron en su alma.

Su mejor época, comprende desde los diez y ocho á los veinte y ocho años, en la que dió á luz esas páginas luminosas, maravillosas por su claridad, ritmo y sentimiento profundo, desde *Don Páez á Namuna: la Balada á la Luna* que expresa á la vez la poesía y la malicia de este astro, en versos tan variados que, para ilustrarlos, sería preciso distribuirlos entre los dos artistas que lo han celebrado de un modo tan diferente: Falguière, autor de *la Diana*, y Willette; *la Copa y los Labios* (1832), en que Franck entona el himno desesperado del nihilismo y del suicidio, *En que piensan las jóvenes* (1832), elegante juguete, *Votos estériles*, *Octavio*, *los Pensamientos de Rafael y Rolla* (1833). *El Sauce*, uno de sus más admirables poemas, con la canción: *Pálida estrella de la tarde*, que figura entre sus versos más perfectos; *Una aventura galante*, *la Noche de diciembre* y *la Noche de agosto* en que predomina la nota tranquila; *las Estancias á la Malibran* llenas de tan hermosa filosofía; en prosa *Andrés del Sarto*, *los Caprichos de Mariana*, *Fantasio*, *No hay juegos con el amor*, *Lorenzaccio*, *Barberine*, *la Confesión de un hijo del siglo* (1836), *el Candelero*; *las Cartas de Dupuis y Cotonet*, y luego en verso: *la Ley de la prensa*, *la Carta á Lamartine* (que respondió tratando á Musset de « niño »), admirable poema de la más bella factura (episodio del Labrador), elocuente profesión de fe. Las obras maestras se siguen unas á otras: *Lucía*, *la Noche de mayo*, en que, á los arranques desordenados sucede la plena posesión de sí mismo, la amplia y poderosa inspiración el dominio del corifeo, entre las visiones amables llenas de gracia encantadora y sonrosada.

De 1837 á 1841, desde los veinte y siete á los treinta años, compuso: *la Noche de octubre*, *la Esperanza en Dios*, hermoso esfuerzo de fe, *la Mi-Carême*, *Idilio*, *Silvia*, *Simona*, *Recuerdo*, que hay que poner en parangón con *el Lago* y *Olimpio*, el ingenioso y malicioso diálogo *Dupont y Durand*, sonetos, y en prosa: *el Capricho*, *Federico y Bernerette*, etc. Entonces se apaga la inspiración y son raras las obras maestras.

Entre los treinta y cuarenta años (1841-1857), escribió aún: *Después de una lectura*, *Consejos á una Parisiense*, *Mimi Pinson*, *Sobre tres escalones de mármol rosa*, y en prosa: *Es preciso que una puerta esté abierta ó cerrada*, y *Carmosina* con el romance de Minuccio. Es el fin: el hombre sobrevivió al poeta, que ya no tuvo sino relámpagos intermitentes de genio.

Sus poesías son una caricia para el oído y el corazón. Tienen una dulzura, una armonía fluída, una facilidad límpida, una ternura, una

tristeza, una perfección de forma, una verdad de sentimiento que colocan á Musset entre los cinco mayores poetas del siglo.

El teatro no le fué propicio en vida. *Lo Noche veneciana* fué silbada dos noches seguidas y fué un cúmulo de desdichas.

Desde la segunda escena, Vizontini se vió interrumpido por los silbidos. Los gritos de algunos desahorados cubrían la voz de los actores y el público se encarnizaba con las más lindas frases del diálogo como si hubiese ido con la intención resuelta de no oír nada.

El autor, admirado de aquel tumulto, no podía creer que la pieza dejase de levantarse durante la gran escena entre el príncipe Eisenach y Laureta. La Srta. Béranger, vestida con un muy lindo traje de raso blanco estaba resplandeciente de frescura y de juventud. Al fin se calmaron las risas. Por desgracia, la actriz, al mirar desde lo alto del balcón si estaba aún en su puesto el coloso Razetta, se apoyó sobre un enverjado cuya pintura no había tenido tiempo de secarse, se volvió hacia el público llena de cuadrados verdosos desde la cintura hasta los pies. Al ver esto, el autor desalentado se inclinó ante la voluntad del azar.

Luego, publicó, sin hacerlas representar, sus piezas, con el título: *Espectáculo en una butaca*. Sin embargo, le atraía la escena; esbozó, para Rachel la *Criada del rey*, una *Fredegunda* sacada de los *Relatos merovingios* de Agustín Thierry, de que nos quedan fragmentos en versos racinianos, una adaptación del *Alcestes* de Eurípides, y *Faustina*, drama italiano del siglo xv, son tragedias clásicas y no poemas vivos.

Y si recordamos que Alfredo de Musset (*Misceláneas de literatura*) proclamó, en efecto, mitad por afición, mitad por burlarse de Hugo y por reacción de dandy contra los excesos del romanticismo, un renacimiento de la tragedia; si nos fijamos en la carta entusiasta que escribió á su hermano Pablo al día siguiente de la *Lucrecia* de Ponsard; si nos fijamos en el conmovedor paso que, enfermo ya, le obligó á levantarse para ir á votar en la Academia, en favor de Emilio Augier, observaremos la distancia que había en él lo mismo que en todo escritor, entre el teórico y el artista, entre la razón y el instinto. (G. Trarieux.)

Esté teatro es también lírico y conserva el carácter de una confianza personal, por la parte de sí mismo que puso Musset en los papeles de sus héroes. Oigamos á su hermano Pablo referir el origen del *Candelero*:

Trabajaba Alfredo por este tiempo, en la *Confesión de un hijo del siglo* y vino á interrumpirle un incidente. Entró una noche en casa, muy turbado por algunas palabras de doble sentido que acababa de dirigirle una mujer, acompañándolas con miradas más significativas que sus palabras. Estando como estaba reñido con el amor y apenas curado de esta enfermedad, observó Alfredo con desconfianza á los que rodeaban á aquella mujer y creyó descubrir los indicios de una conspiración entre dos personas contra

su reposo. No esperó largo tiempo á quejarse. La joven se disculpó por completo; pero al defenderse de haber querido inspirarle amor, no se defendió menos bien de sentirlo, de suerte que el acusador se halló con respecto á ella en una situación embarazosa.

Obligado Alfredo de Musset á rectificar sus injustas sospechas, se preguntó lo que hubiera pasado si hubieran sido fundadas y, en un momento, imaginó toda la comedia del *Candelero*.

No era yo entonces más que un modesto empleado y solo disponía de dos horas al día — de cuatro á seis, — para consagrarlas á los deberes de la sociedad y á mis amigos y trabajaba por la noche para procurar adquirir algún talento, es decir la independencia por la que suspiraba. Una noche me había quedado en mi cuarto á escribir no sé qué; mi hermano, más mundano que yo, había salido y no volvió, según su costumbre, hasta después de media noche. Entre dos y tres de la madrugada, llegó á mi cuarto llevando en la mano varias cuartillas de papel. Sentóse al pie de mi cama y empezó la lectura de aquella encantadora escena en que la cólera de Maese Andrés se estrella contra la sangre fría de la astuta Jacqueline. Ambos reíamos á carcajadas. La segunda escena, en que Cavaroché inventa su odiosa maquinación fué escrita antes de rayar el día. Al terminar aquella deliciosa comedia, incité á mi hermano á que pensase en la representación. Respondióme que había tomado su partido: « Si algún teatro la quiere, me dijo, hallarán *el Candelero* en la *Revue*. » En efecto allí apareció esta pieza el 1 de noviembre de 1835.

El teatro entero de Musset, publicado en 1840, no llamó en absoluto la atención. Fué preciso que la Sra. Allán, viesé representar en 1847, en San Petersburgo, en ruso, *el Capricho*, para que le ocurriese la idea de hacer traducir dicha obra y de dárnosla á conocer; fué una revelación. Se descubrió que aquel teatro era viable y representable.

Cuando recorremos las *Comedias y Proverbios* de Musset, dice des Essarts, creemos asistir á un baile de trajes en junio. Los salones dan á un parque, la música se mezcla con el canto algo lejano de los ruiseñores y con los suspiros ahogados de la brisa entre el follaje; el perfume de las flores entra ampliamente con los rayos de la luna por las ventanas. Mientras tanto, gracias á los azares del vals se entablan las conversaciones de la *Puerta abierta*, del *Capricho*, de *Nadie diga: de esta agua no beberé*; la sonora risa de *Fantasio*, de Octavio y de Valentín se mezcla con los ecos de la orquesta, mientras que bajo las sombrías alamedas se aíslan las melancólicas ternuras de Roseta, de Fortunio y de Carmosina, y, allá en el fondo del parque, en el sitio más solitario, sobre un pedestal de mármol, surge blanca, en medio de la azulada noche, la trágica imagen de Lorenzaccio. Tres elementos contribuyen al conjunto: la fantasía, la vis cómica y el acento personal. Musset debe las dos primeras á la imitación de Shakespeare. Como en el poeta inglés, cambia á cada instante el lugar de la escena; la acción y los personajes son de pura ficción y el diálogo los lanza en pleno lirismo. Lo cómico, en Musset, es también pariente de lo cómico en Shakespeare: el procedimiento es el mismo, se obtiene por aumento. En fin, Musset ha puesto en su teatro su personalidad que es doble. Hay dos hombres en él, el exterior y el interior, el primero, escéptico y revolucio-

nario, y el segundo, enamorado de las grandes ideas, amigo de la calma y de las emociones dulces y que concibe este sueño idílico: « ¡Qué cosa tan hermosa es echar un trago á caballo! En el umbral de la puerta se ve una mujer joven; allá en el fondo de la habitación, se divisa una hermosa lumbre y la cena preparada; los niños están dormidos y todo respira la tranquilidad de la vida apacible y contemplativa. Á la puerta se ve al hombre anhelante aún, firme en la silla, después de haber andado veinte leguas y teniendo que andar otras treinta. Un trago de aguardiente y adiós; la noche es oscura á lo lejos, el tiempo amenazador y el bosque peligroso; la buena mujer le sigue con la vista un minuto y luego, al volverse hacia su lumbre, deja caer esta sublime limosna del pobre: « ¡Dios te proteja! » (*Fantasio*.)

La posteridad ha vengado á Musset, cuyo diálogo halla al presente en la escena los aplausos y los intérpretes que merece. ¿Fué Musset romántico? Siguió la corriente de su época y demostró que sabía manejar la exageración y la brutalidad como cualquier otro. Imaginó á Mardoche:

Il eût fait volontiers d'une tête de mort
Un falot, et mangé la soupe dans le crâne
De sa grand'mère; au fond, il estimait qu'un âne,
Pour Dieu qui nous voit tous, est autant qu'un ânier¹.

No hay que dejarse engañar. Es afectación de turbulencia, es moda, bravata, desempeño de un papel. Le falta convicción, semejante exceso hería su delicadeza; *la Balada á la Luna* es una parodia; *las Cartas de Dupus y Cottonet* son una sátira. Se divertía en tirar contra sus mismas tropas.

Salut, jeunes champions d'une cause un peu vieille,
Classiques bien rasés, à la face vermeille,
Romantiques barbus, aux visages blémis!
Vous qui, des Grecs défunts, balayez le rivage
Ou d'un poignard sanglant fouillez le moyen âge,
Salut! J'ai combattu dans vos camps ennemis.
Par cent coups meurtriers, devenu respectable,
Vétéran, je m'assois sur mon tambour crevé².

No podía ser un famoso romántico, un ultramoderno. Por afición era un antiguo; al principio le atrajo Andrés Chénier. Tuvo el aticismo, el

1. En nuestra historia de la literatura francesa, en el capítulo de la comedia de Musset, se dice: « En el fondo creía que ante Dios justiciero, el mismo valor tienen el burro y el burrero. »

2. Salud; oh campeones! de una causa ya vieja;
Clásicos afeitados y de cara bermeja;
Románticos barbudos de rostro demacrado
Que de la antigua Grecia los escombros limpiáis,
O con puñal sangriento la Edad Media escarbáis
¡Salud! en vuestros campos opuestos he luchado.
Cien mortíferos golpes me han dado prez y hon
Veterano, me siento en mi roto tambor.

gusto, el sentido de la medida de la sobriedad y de la pureza de la forma; prefirió á los excesos del estilo churrigueresco la sencillez sublime del Partenón. Sus primeros versos evocaban á Atenas. Grecia conservó siempre su fervorosa devoción.

Grèce, ô mère des arts, terre d'idolâtrie,
De mes vœux insensés éternelle patrie,
J'étais né pour ces temps où les fleurs de ton front
Couronnaient dans les mers l'azur de l'Hellespont¹.

Tiene la nitidez y el encanto del dibujo y del color. Recordemos á *Rolla* :

Regrettez-vous le temps où le ciel sur la terre
Marchait et respirait dans un peuple de dieux,
Ou Vénus Astarté, fille de l'onde amère,
Secouait, vierge encor, les larmes de sa mère,
Et fécondait le monde en tordant ses cheveux².

En la *Copa y los Labios*, el Tirol tiene los luminosos reflejos de Grecia :

Tressez-moi ma guirlande, ô mes belles chéries,
Couronnez de vos fleurs mes pauvres rêveries,
Posez sur ma langueur votre voile embaumé³.

Y los coros parecen cantar en las faldas del Himeto.

Musset tuvo dos patrias : Grecia y Francia; es lo mismo : por la sencillez, la naturalidad, la claridad y el aticismo, somos los nietos de Alcibiades y de Sófocles. Fué un ático, un ateniense, un parisiense. Sus retratos, por Gavarni ó Deveria nos muestran su silueta elegante, su esbelto y airoso talle, de lindo mozo rubio, de ademanes graciosos. Fué mundano, ingenioso, paradójico y muy buscado. En el fondo era un ser delicado y sensible que admitía las bromas y el dandismo. Sedujo por la mezcla de emoción palpitante y de exquisita ironía.

Tiene mucho de dandy. Su hermana que ha vivido hasta estos últimos años, no podía olvidar aquel carácter de distinción, de urbanidad, de « chic », que parecía haber predominado en su hermano. Frecuentaba mucho el mundo y los salones, y era conversador brillante.

1. Grecia, madre del arte, ¡ oh tierra idolatrada !
De mis ardientes votos eterna patria ansiada,
Yo debí nacer cuando de tu frente las flores
Al azul Helesponto prestaban sus primores.
2. El tiempo echáis de menos en que el cielo en la tierra
Entre un pueblo de dioses vivía y respiraba,
Y Venus Astartea de las ondas nacía ;
Virgen aún, las maternas lágrimas sacudía
Y, torciendo sus trenzas, al mundo fecundaba.
3. Tejéme una guirnalda bellas amadas mías,
Mis febriles ensueños de flores coronad.
Cubrid mis languideces con perfumado velo...

Por elegancia y por dandismo, se sentía inclinado hacia al libertinaje del siglo XVIII y reprodujo la sensibilidad ardiente de J. J. Rousseau, la sensualidad de Crebillón hijo y la perversidad de Laelos.

Su conversación era encantadora. Su obra es una larga é interesante charla, á causa de la composición salpicada de improvisaciones y digresiones. Se distinguió por la ironía, la ocurrencia de sus respuestas y su malicia. Su hermana poseía caricaturas suyas muy humorísticas que él borroneaba por todas partes, en sociedad, de paseo, en casa de la Sra. Jaubert ó en el barco¹.

El director de un periódico religioso había dispuesto su vida para compensar los vicios con las virtudes, á fin de hallar gracia á la vez ante los hombres y ante Dios. Después de una cena en la Maison d'Or, envió un pastel de carne á su confesor. — ¿Cuál de las dos acciones era la mala? preguntó Musset.

Fué de gran vivacidad, de notable facundia y dado á las bromas y á las niñerías (léase la divertida sátira *Dupont y Durand*).

Su inspiración fué cómica y bufonesca como la de Shakespeare, con una delicadeza y ligereza muy francesas. El poemita *Sobre tres escalones de mármol rosa* tiene el tono picaresco y brillante del siglo XVIII : fué muy Regencia y muy Luis XV, del mismo modo que en su teatro imitó á Marivaux y á Marmontel. En *Namuna* da pruebas de su buen humor :

Il était nu comme Ève à son premier péché.
Quoi ! tout nu ! dira-t-on ; n'avait-il pas de honte ?
Nu dès le second mot ?
Excusez-moi, Monsieur, je commence ce conte
Juste quand mon héros vient de sortir du bain...
Nu comme un plat d'argent, nu comme un mur d'église.
Nu comme le discours d'un académicien².

Aparece el alma y el cuerpo :

Comme s'en vont les vers classiques et les bœufs³.

1. En nuestra literatura contemporánea tenemos una figura que tiene muchos puntos de contacto con Musset : Bécquer. El autor de las *Rimas* y de tantas hermosas leyendas era también aficionado á dibujar. Cuando el que esto escribe formaba parte de la redacción de *Los Debates* (1878-1880) tuvo ocasión de hojear un curioso album de dibujos de Bécquer, propiedad del Sr. Albareda. (N. del T.)

2. Desnudo, cual Eva, estaba,
Al pecar por vez primera
¿Cómo ! ¿ Desnudo ? dirán ;
¿ Y no le daba vergüenza ?
¿ Desnudo y al primer verso ?
Caballero, tenga en cuenta
Que empiezo el cuento, alsalir
Mi héroe de la bañadera.
Desnudo estaba, repito,
Cual de plata una bandeja,
Cual un discurso académico,
Cual el muro de una iglesia.

3. Como se van los versos clásicos y los bueyes.

Qué burlona melancolía en *Mie Prigioni* :

On dit triste comme la porte

D'une prison

Et je crois, le diable m'emporte,

Qu'on a raison¹.

Una *Velada perdida* revela mordaz ironía :

J'étais seul l'autre soir au Théâtre-Français

Ou presque seul. L'auteur n'avait pas grand succès,

Ce n'était que Molière, et nous savons de reste

Que ce grand maladroit, qui fit un jour Alceste,

Ignore le bel art de chatouiller l'esprit

Et de servir à point un dénouement bien cuit.

Grâce à Dieu nos auteurs ont changé de méthode,

Et nous aimons bien mieux quelque drame à la mode

Ou l'intrigue enlacée et roulée en feston

Tourne comme un rébus autour d'un mirliton².

Léon Séché decía : « El mundo le acaparó, y halló en él el amor, que se apoderó de su vida; vivió de él y de él ha muerto. ; Pero qué amor! »

Lo conoció desde muy temprano :

Su primer amor data del año 1814, y no por haber sido infantil, fué menos profundo, aunque se convirtió en amistad largo tiempo antes de la edad de los verdaderos amores. Alfredo no tenía aún cuatro años cuando vió entrar en casa de su madre á una joven á quien no conocía... « Es, le dijeron, una prima tuya, se llama Clelia. ; Ah! es mía, respondió, pues bien ; la tomo y la guardo! » La guardó tan bien que la pidió muy seriamente en matrimonio y exigió de ella la promesa de que consentiría en ser su esposa cuando él tuviese edad para ello. Hecho esto, se creyó de buena fe su marido. Clelia tuvo que marcharse con sus padres á provincias; esta separación costó muchas lágrimas.

Echaron de ver que la predilección del niño tenía todos los caracteres de

1. Se dice triste como la puerta
De una prisión,
Creo que tienen ; lléveme el diablo !
Mucha razón.

2. Solo estaba la otra noche
En la Comedia Francesa
Ó casi solo ; el autor
No es de los que el patio llenan.
Era Moliere, el gran bobo
Que un día *Alceste* hiciera
Mas que ignoró el lindo arte
De aguijar la inteligencia
Y servir un desanlace

A punto y con sus especias.
Los autores, á Dios gracias,
Han cambiado de receta,
Y preferimos cien veces
Algún drama á la moderna,
En que la intriga, formando
Festones, va dando vuelta.
A un canuto, cual si fuese
Charada mirlitonésca *

a. Se da en Francia el nombre de *mirliton* á un canuto de caña, abierto por ambos lados; en uno de ellos se adapta un papel ó piel muy fina, que le hace sonar á manera de chicharra cuando se aplica á la boca y se sopla. Alrededor del canuto se pegan bandas de papel de colores con versos, charadas, etc. (N. del T.)

una pasión violenta : « — No me olvides, le decía su prima al partir. — ; Olvidarte! ¿No sabes que tengo escrito tu nombre en mi corazón con un cortaplumas? ».

Cuando la prima se casó de veras con otro marido de edad menos tierna, hubo que ocultar el hecho y encargar el secreto á veinte personas. Cierta día, una de ellas, olvidando la recomendación habló de la Sra. Moulin, — era el nuevo nombre de Clelia. — El niño se lanzó impetuosamente en medio del círculo : « ¿De quién habláis? dijo ¿Dónde está la Sra. Moulin? — ; Hela aquí! » le respondieron enseñándole una joven á quien no conocía y cuya presencia fué muy oportuna. Miró atentamente á la joven en cuestión y se volvió en seguida á sus juegos. Algunos días después vino á casa nuestro nuevo primo Sr. Moulin : « He visto á vuestra mujer, le dijo Alfredo, no está mal, pero prefiero la mfa. » (Pablo de Musset¹.)

Su biografía nos hace saber que dicha señora vino á París en 1850 para asistir á la recepción de su *maridito* en la Academia francesa. La última vez que la vió Alfredo de Musset, le decía : « Cuando se haga una edición en gran tamaño y en papel sólido, te dedicaré un ejemplar que haré encuadernar en pergamino blanco con un filete de oro, á fin de que represente con exactitud una prenda de la amistad que nos une... »

Á la edad de tres años, el futuro autor de las *Noches* llamaba la atención por su belleza. Un pintor flamenco, llamado Van Brée quiso hacer su retrato. El niño está representado á orillas de un arroyuelo con los pies en el agua y las manos apoyadas contra el pecho sujetando su camiseta. Á su lado se ve una antigua espada que quería tener á su disposición para defenderse de las ranas. Girodet, que llegó una mañana por casualidad al taller del pintor, halló el retrato muy lindo y admiró mucho al modelo.

Musset se halla por completo en el episodio de Venecia. El 23 de marzo de 1833, Sainte-Beuve², que se empleaba con el mayor gusto en procurar entrevistas entre hombres y mujeres de talento ó de genio, recibía esta carta :

« No hagáis demasiado caso de mis apariencias satánicas ; os juro que todo esto lo hago por afectación. Á propósito de esto, después de reflexionar, no quiero que me presentéis á Alfredo de Musset. El es muy lechuguino y no podemos convenirnos. Yo sentía más curiosidad que interés por verle. Pienso que es imprudente satisfacer todas sus curiosidades y que es preferible obedecer á sus simpatías. En lugar de éste, me permito rogaros que me presentéis á Dumas...»

GEORGE SAND.

1. Nosotros pecamos en verdad por nuestra desidia para con nuestros grandes escritores y cuanto á ellos se refiere; pero los franceses incurren en el defecto contrario en su pueril afán de recoger anécdotas y hechos que nada contribuyen á la gloria del escritor. (N. del T.)

2. El papel de Sainte-Beuve no resulta muy lucido, por más que Don Quijote recomienda vivamente su utilidad en un pasaje de su inmortal Historia. (N. del T.)

Es probable que Dumas no satisficiera, pues en abril escribía á Sainte-Beuve:

Amigo mío, recibiré de vuestra mano al Sr. Jouffroy...

Tratábase del Sr. Teodoro Jouffroy, profesor en la Escuela normal y filósofo espiritualista y pesimista. Fué por entonces cuando la casualidad de una comida en *la Revue des Deux Mondes* puso en contacto á Jorge Sand y á Alfredo de Musset.

El 25 de agosto de 1833 escribía de nuevo á Sainte-Beuve:

Estoy enamorada, y muy seriamente de Alfredo de Musset. No se trata de un capricho, sino de un afecto profundo y de que le hablaré detalladamente en otra carta... Me he rendido y soy feliz por haberlo hecho. Soy feliz, dad gracias á Dios por mí.

Dar gracias á Dios era tal vez algo profano. Musset llevó á J. Sand á Venecia y allí le dejó ella por Pagello¹. Él sufrió horriblemente, y escribía á su familia: « Os llevaré un cuerpo enfermo, una alma abatida y un corazón que mana sangre. » Fué para él un verdadero golpe que produjo una revolución en todo su ser. De regreso en París, encerrado en su cuarto, salía únicamente por la noche para jugar al ajedrez con su madre.

Nuestra hermanita, dice Pablo, á pesar de su poca edad, tocaba ya muy bien el piano. Observábamos que el hermoso concierto de Hummel en sí menor le hacía acudir. Se tocaba esta pieza, abríase la puerta y aparecía Alfredo. Se sentaba, hablábamos de música y nuestra conversación le distraía.

El sufrimiento le engrandeció y le reveló á sí mismo: « He clavado con mi propia mano mi juventud en el féretro. Siento que voy á hablar y que tengo en el alma algo que desea salir. » En efecto, hizo brotar de los profundos manantiales del ser los sollozos y las emociones. El amor le costó siempre sufrimiento, porque fué siempre orgulloso y celoso. No podía comprender que no fuese su personalidad el todo y el término de la vida de las mujeres. Se enamoró de todas por completo y para siempre. Tropezó y se hizo trizas en las asperezas de la inconstancia. Puso la eternidad en cada aventura. Fué el Otelo lírico de los tiempos modernos y más que la gracia de sus tiernas sonrisas, se observó en él la aspereza elocuente de sus iras y de su dolor.

Cada infidelidad produjo en su corazón un ruido de piedras que caen en la tumba, y como fué versátil y enamorado, multiplicó él mismo las

1. Recientemente se ha publicado la *Correspondencia de Jorge Sand*, á la que no podría seguramente darse el título de *Cartas edificantes*. Con este motivo se han sacado á relucir en la prensa todos los trapitos sucios que mediaron entre Jorge Sand, Musset y Pagello, que por cierto vive aún.

(N. del T.)

causas de su sufrimiento. Miraba á todas las mujeres sin cuidarse de la pena que causaba á la amada del momento, y se maravillaba de que sus amadas de paso no le guardasen inalterable fidelidad. Jorge Sand, Rachel y la princesa Belgiojoso y otras muchas, renovaron la misma prueba sin que le sirviese de lección.

He nombrado á la princesa Belgiojoso, cuya aventura fué picante. Los « salones » eran numerosos. Madama Récamier había hecho escuela.

Los más célebres eran los de la Sra. de Hautpoul, de la condesa Apponyi, embajadora de Rusia, de la princesa de Lieven, la amiga de Guizot, de la duquesa Decazes, en el Luxemburgo, de la Sra. d'Arbouville y de la Sra. Mohl que habitaba las antiguas habitaciones de Madama Récamier en la Abbaye-au-Bois y que, en la época en que era simplemente la joven miss Mary Clarke, había inspirado á Chateaubriand anciano. El más extraño y más frecuentado era el de la condesa Belgiojoso:

Las paredes estaban tapizadas de terciopelo negro con estrellas de plata, los muebles forrados de la misma tela, y, por la noche, cuando estaban las luces encendidas, se experimentaba la viva impresión de hallarse en una verdadera capilla ardiente, á causa del aspecto lúgubre que ofrecía aquella morada. (Beaumont-Vassy.)

Cristina Trivulzio, nacida en 1808, casada é los diez y ocho años con el principe Belgiojoso, era una mujer fatal, pálida, enigmática, morena, de tez nacarada. Decíase de ella:

Qu'elle a dû être belle quand elle était vivante !

Era la estatua de la voluntad. Había conspirado por la libertad de Italia, había sido desterrada, se había arruinado y refugiado en París, donde había vivido de su trabajo en una pobre habitación en la que hizo poner este letrero: *Princesa desgraciada*. El advenimiento de Fernando I de Austria le devolvió su fortuna con la que instaló su hermoso hotel de la calle d'Anjou.

Su pasado estaba lleno de aventuras. Cuando conspiraba, un polizone, Marqués Doria, la había espiado, se había convertido en su amante y confidente de todos sus secretos, y después la había vendido cobardemente. Recibía y ayudaba á los conspiradores italianos. La presencia de estos conjurados nada elegantes, contrastaba con la asistencia distinguida que acudía á sus salones y daba á sus recepciones un sello particular. En ellas se encontraba á los músicos: Rossini, su compatriota, acompañaba al piano á Julia Grisi, á Paulina Garcia, ó la Persiani. Allí se oía á Meyerbeer, á Bellini, á Liszt, á Chopin, Eugenio

Cómo debió ser bella cuando gozaba vida!